

VII CERTAMEN LITERARIO IES LOS ALCORES (2008)

OBRAS PREMIADAS

1	<a href="#"><u>Relatos de un momento</u></a>	Iris Hadda Johannsdóttir	POESÍA	1º,2º,3º ESO	2º PREMIO
2	<a href="#"><u>Punto y aparte</u></a>	Ángela López García	NARRATIVA	4º,1º,2º BACH	2º PREMIO
3	<a href="#"><u>Una vida difícil</u></a>	Iris García Sagaert	NARRATIVA	4º,1º,2º BACH	1º PREMIO
4	<a href="#"><u>Recuerdos de un olvido</u></a>	Fulgencia Sánchez Aranda	NARRATIVA	PROFESORADO	1º PREMIO
5	<a href="#"><u>Enamorado está el mar</u></a>	Alicia Sánchez Pastor	POESÍA	PADRES/MADRES	ACCÉSIT

## ESPESA NIEBLA

Espesa niebla,  
cubre el paraíso.  
El paraíso se deteriora,  
los años se malgastan.

Los años malgastados,  
se los lleva el viento.  
Tiempo perdido,  
en un suspiro.

El árbol de los momentos,  
lo taló un leñador.  
El tren del tiempo,  
se estrelló y se rompió.

Maldito tiempo,  
malgastados años.  
Asqueroso momento,  
en el que perdí mi tiempo.

Los niños mueren hambrientos,  
en un mundo cruel.  
Heridos sentimientos,  
muertos por cuarta vez.

Juegos de palabras,  
en los que se habla de muerte.  
Días destrozados,  
en los que no hay suerte.

Maldito tiempo,  
malgastados ratos.  
Asqueroso momento,  
en el que escribí este relato.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

## PUNTO Y APARTE

El helado viento azotaba mi cara y ensordecía mis oídos. El pelo me hacía cosquillas al rozar mis mejillas que había intentado cubrir con la bufanda sin ningún resultado satisfactorio. Andar por la calle se me hacía cada vez más complicado y podía sentir cómo mis pantalones y mi abrigo intentaban llevarle la contraria a mis piernas. Las aceras todavía estaban húmedas y cada poco me tropezaba, sin llegar a caerme. Apenas podía abrir los ojos y ya no sentía la nariz. Los guantes hacía tiempo que ya no resguardaban mis manos del frío. Y, a pesar de todo, no estaba dispuesta a dar media vuelta para volver a casa donde, lo más probable, me esperaba la calefacción puesta desde hacía horas y una buena taza de chocolate caliente.

Doblé la esquina, algunas farolas parpadeaban y no iluminaban lo que a mí me habría gustado pero con ese tiempo poca gente había en las calles... incluso de aquella que sólo quiere hacer daño por la razón que fuera. Sin embargo, miré hacia atrás para ver si alguien me seguía. Suspiré al comprobar que no era así. Fijé mi vista en la calle que se extendía ante mí y divisé a unos diez metros el cartel que indicaba dónde estaba la clínica. Al verlo, algo en mi interior se removió, algo parecido a la alegría pero demasiado invadido por los nervios como para ser considerado como tal.

Alcé los ojos y me vi levemente reflejada en una puerta de cristales oscuros decorada con el emblema del centro de desintoxicación. Dudé una milésima de segundo y, por un momento, estuve a punto de salir corriendo y abandonarlo a su suerte... pero, habiendo llegado a este punto, después de haber aguantado durante tres largos meses sin rendirme, no era justo que lo tirase todo por la borda... ni para mí, ni para él.

-Usted debe ser la señorita Summers. —la voz chirriante de la señora que ejercía como recepcionista perforó mis oídos.

-Sí —apenas me salía la voz, por lo que tosí para intentar aclarar mi garganta.

-Su... amigo estará listo en unos veinte minutos. Ha llegado usted un poco antes de la hora acordada.

Su voz estaba teñida por un tono acusatorio... como si fuera delito llegar un poco pronto a los sitios. En todo caso, lo que debería ser puesto en evidencia sería la impuntualidad, ese defecto que tanto consigue sacarme de mis casillas y que está generalizado en casi toda la población, convirtiendo el ser puntual en una rareza que te hace ser el objetivo de las burlas llenas de confianza de tus amigos.

-Oí que haría mal tiempo esta noche. —mejor decirle la verdad que inventar una historia para excusarme, por muy estúpida que sonara.

-Ya veo... bueno, pues siéntese y espere pacientemente.

Me señaló unos sillones que estaban justo a mis espaldas. Me giré y fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba sola allí, sino que había más gente esperando a alguien a que saliera de la clínica o algo por el estilo.

No crucé mirada alguna con nadie; no quería entablar ninguna conversación, sólo ver el tiempo pasar lentamente, prolongando mi expectación y desesperación y agonizar, de este modo, para

después poder compadecerme de mí misma y sacar fuerzas de ahí, como solía hacer cada vez que sobre mí se abalanzaba alguna dificultad de gran relevancia.

El sillón que elegí no es que fuera muy cómodo; de hecho estaba ya desgastado y podía sentir los muelles intentando llegar hasta mí, pero a pesar de todo, era más que suficiente. Apoyé la cabeza en la pared que tenía detrás y me dediqué a mirar el techo y las paredes, de un color blanco azulado y con alguna que otra mancha de humedad. Sin quererlo, mi mente rememoró la primera vez que estuve allí, tres meses atrás. Ése era, sin duda, un recuerdo que siempre había intentado eclipsar con otros. Alex había llamado esa noche a casa pidiéndome ayuda. Se acababa de dar cuenta de lo que había hecho con su vida, de que si seguía con esa dependencia de las drogas, pronto ya no estaría entre nosotros. También se había dado cuenta del daño que había causado a muchas personas de su entorno más cercano. Pero lo más importante de aquella llamada no era su sentimiento de arrepentimiento, sino su deseo de arreglar lo que había roto.

Esa misma noche ingresó en esta clínica y desde entonces yo le había visitado regularmente, observando la paulatina mejoría que iba experimentando tanto física como psicológicamente. Las primeras veces, he de decir que pensé en abandonar, como había hecho segundos antes de entrar por última vez aquí. Sin embargo, nunca lo hice porque él contaba con mi apoyo incondicional y desinteresado y habérselo negado habría sido la peor de las traiciones, comparable con asesinar a la persona que más amara.

Y ahí estaba yo, observando con sorprendente interés las manchas del techo y de la pared, rememorando viejos tiempos que, desde luego, habían sido los más amargos de toda mi existencia. No pude evitar que se me escapara una sonrisa al pensar que esta noche todo acabaría, que sería un punto y aparte de la historia que no terminaríamos de escribir hasta el día en que exhaláramos nuestro último suspiro. Podríamos, entonces, pasar página y comenzar un nuevo capítulo, ajeno a todo lo sucedido con anterioridad.

Bajé la vista, todavía sonriendo, y me atreví a mirar a las personas que me rodeaban. Todas sus caras estaban marcadas por las ojeras, como probablemente lo estaba la mía. Algunas tenían la vista perdida en el infinito, al igual que yo hasta hacía unos minutos, otras ojeaban panfletos de información que se podían coger en la mesa de recepción y otras, simplemente, arrugaban sus ropa o movían constantemente las piernas en señal de nerviosismo para evitar que sus mentes pensaran más de la cuenta.

Recordé que llevaba reloj. Me remangué un poco la chaqueta y miré la hora: las diez de la noche.

-Vaya... -no pude evitar expresar mi sorpresa a través de un murmullo. Desde que había salido de mi casa hasta que había llegado aquí, me había dado la impresión de que era muchísimo más tarde.

-Señorita Summers, ya puede pasar. —giré la cabeza para mirar a la recepcionista, que me estaba hablando.

Tardé un poco en reaccionar, y cuando lo hice me levanté y fui a la habitación a la que tantas veces ya había entrado... y allí estaba él, hablando con su médico particular y ultimando los detalles para poder salir del centro.

-Alex... -mi expresión de miedo se cambió por una sonrisa; se le veía bien, feliz, tal y como era hacía unos años. El color había vuelto a sus mejillas y sus ojos volvían a brillar de un modo especial.

-¡Cathy! Debería haber contado con tu obsesión por la puntualidad.

Los dos reímos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

-Señor Turner, está usted completamente preparado para salir ahí fuera. Y recuerde, procure apartarse de ese tipo de ambientes. –el doctor salió de la habitación, no sin antes dedicarme una gentil sonrisa.

-¿Has oído? Podré regresar a casa.-su voz volvía a sonar viva.

-Sí, a casa.

Dos lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas. Traté de secármelas lo más rápido posible para que no las viera, pero fue inútil. Al ver su expresión de incomprendión, sacudí la cabeza.

-Es por la alegría... han sido tres meses muy duros.

-¡Oh! Pero al fin podremos dejarlos atrás, ¿no crees?

Alex y su incansable optimismo... algo que también había echado mucho de menos.

-Por supuesto. Coge la maleta.

Me hizo caso y en media hora estábamos en el piso que teníamos alquilado desde hacía varios años y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que ese era mi hogar, la almohada que hacía que, en caso de que tropezara, el golpe no fuera muy fuerte. Y es que para mí un hogar no es algo, sino alguien. Es esa persona que está a tu lado pase lo que pase y a la que apoyas incondicionalmente. Y creo que, al menos para nosotros, nuestro mejor amigo era ese lugar en el que refugiarse cuando las cosas van mal, o en el que celebrar nuestra mayor victoria como ahora.

En ese momento supe que era la hora de poner punto y aparte en nuestras vidas y empezar un nuevo capítulo.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

## LA VIDA DIFÍCIL

Nunca olvidaré el día en que vi a mi madre por última vez. Fue hace 8 años.

Actualmente tengo 19 años y legalmente, soy español, aunque nací en Colombia, en la ciudad de Medellín un 24 de septiembre.

Viví en el seno de una familia pobre, aunque también he de decir que varios de mis compañeros de clase vivían en torno a una situación económica menos propicia que la de mi familia.

Una tarde mis padres decidieron reunirnos a mi hermana de 4 años y a mí, en el salón de casa para hablar de un tema, según mi padre, muy importante. Mis padres habían decidido que viajáramos a España, según ellos, para conseguir un futuro mejor para mi hermana y para mí, aunque sinceramente, lo que a mí me hacía ilusión era conocer España, cualquiera de mis amigos hubiera dado cualquier cosa por estar en mi lugar.

La verdad era que mis padres estaban haciendo un esfuerzo increíble para poder sacarnos adelante a mí hermana y a mí, pero cada vez la cuesta se hacía más inclinada y el dinero alcanzaba para menos. Ante esta situación, ellos habían decidido pedirle prestado el dinero del viaje a mi tío Camilo, e ir devolviéndoselo poco a poco desde España.

Recuerdo que en esa época a mis padres no les iba muy bien en su matrimonio, los problemas habían hecho que se distanciaran mucho. Supongo que fue por esta razón por la que unos días antes del viaje a España, mi madre decidió echarse atrás y quedarse en Colombia con sus dos hijos, por lo que, tras hablarlo, mi padre decidió viajar solo.

Casi un año después, una de las veces que mi padre llamó por teléfono a casa, estuvo hablando mucho tiempo con mi madre. Tras esta llamada, ella me preguntó si me gustaría viajar a España con mi padre. Mi madre me lo preguntó pensando en mi futuro y en mi bienestar, pero yo pensaba sobretodo en ese país al que todos querían ir y en mi padre, al que hacía casi un año que no veía. También pensé, por supuesto, en que no vería a mi madre por un buen tiempo, pero en aquel momento ella estaba allí, a mi lado, esperando mi respuesta, y no la echaba de menos. Contesté que sí.

Como he dicho anteriormente, la última vez que vi a mi madre fue hace 8 años, en el aeropuerto de Bogotá, la capital de mi país natal. En mis 11 años de vida nunca había visto a mi madre llorar de la manera en que lo hacía aquel 29 de diciembre. Yo apenas era un niño y no le daba tanta importancia a aquel viaje, pero lo cierto es que aquella fue

la primera vez que pensé que posiblemente me había equivocado. En aquel momento mi madre me cogió la mano y me puso en ella una fina cadena de oro, la única que había tenido, y me dijo como pudo:

-Tenga hijo, llévela siempre con usted y no se olvide que lo quiero mucho mi amor.

Verdaderamente, pensé en no subir al avión, pero repito, era un niño, incapaz de pensar más allá de lo que me esperaba cuando llegara a España, así que se me olvidó todo y tras trece horas de vuelo, haciendo escala, llegué a Madrid, España.

Tras estar un tiempo viviendo en Alcorcón, Madrid, mi padre pensó que era mejor que nos mudáramos a un lugar más tranquilo. Lo cierto es que él temía que yo pudiera terminar siendo

miembro de una de esas bandas latinas de las que tanto se hablaba entonces. Para ser sincero, estuve muy cerca de hacerlo, de aceptar ser uno de ellos, me encontraba un poco solo, me faltaban mis amigos, mi familia, pero por suerte, lo pensé mejor y decidí esperar un poco más para ver como seguían las cosas, aunque la verdad es que influyeron bastante las charlas de mi padre.

Mi padre y yo nos fuimos a vivir a un pequeño pueblo de Murcia, Ricote. Allí mi padre consiguió un nuevo trabajo de jardinero y yo empecé a ir al instituto.

No sé si es difícil de comprender, pero la verdad es que en un principio lo pasé bastante mal, supongo que como cualquier niño que cambia de país y deja más de la mitad de su vida en el.

Cada vez que llegaba la navidad, el cumpleaños de algún familiar querido o cualquier día que en Colombia fuera una fecha señalada, dejaba todos mis planes y me quedaba en casa, sin salir de mi habitación, recordando esos días en que todos los primos jugábamos en la finca de algún conocido o familiar, y sobre todo, recordando a mi hermana, a aquella hermanita que siempre defendía y cuidaba de todo. Como todos los hermanos, alguna que otra vez discutíamos y dejábamos de hablarlos, pero al final siempre ocurría algo para que yo terminara defendiéndola de algún amigo o evitando sus caídas. Lo cierto es que a ella es a la que más eché en falta en aquellos momentos, y no miento si digo que ahora mismo daría parte de mi vida sólo porque en este instante mi hermana cruzara la puerta de esta habitación.

Después me fui acostumbrando, como pasa con todo en esta vida, y me conformaba con llamar a mi familia cada dos o tres días. Hubiera preferido llamar dos o tres veces al día, pero las llamadas eran muy caras y a mi padre no le sobraba el dinero.

Como he dicho, me fui acostumbrando, pero de igual forma, al escuchar la voz de mi hermana y mi madre por el teléfono, rompía a llorar sin poder contenerme y muchas veces me veía obligado a colgar para no hacerlas llorar a ellas también.

Conforme fue pasando más y más tiempo, fui aprendiendo a cocinar, con las recetas que mi madre y mi abuela me aconsejaban, a limpiar la casa de alquiler en la que vivíamos, a hacer las camas, ... en fin, casi todas las tareas que mi madre había hecho hasta mi llegada a España, y a estudiar al mismo tiempo. Es cierto que algunas de estas cosas me quitaban algún tiempo de mis estudios, pero mi padre trabajaba más de 12 horas al día para que pudiéramos salir adelante, y no podía hacer las tareas de la casa, así que, si no queríamos vivir en una "pocilga" alguien lo tendría que hacer.

Siguiendo con mi padre, he de decir que, aunque antes no lo viera, todo lo que trabajaba era para mí, y para mi hermana por supuesto, pero aunque le mandara algo de dinero a ella, la mayoría de su sueldo se lo gastaba en mí. Siempre ha trabajado hasta lo imposible para poder dármelo todo, para que fuera igual que los demás niños de mi edad y no me faltara de nada: ropa, zapatos, caprichos... y no me puedo olvidar de las salidas al cine, la peluquería... Él quería lo mejor para mí, y la verdad es que no me puedo quejar de nada.

Más adelante, ya unos 4 años después de estar aquí en España, empecé a dejar de estudiar y a salir más con los amigos. Lo cierto es que nunca me había gustado estudiar, pero hasta entonces no lo había llevado del todo mal. A partir de ese momento, mi padre empezó a enfadarse y a no dejarme salir si antes no había estudiado, pero ya había perdido demasiado tiempo en las asignaturas y no podría aprobarlas, aparte de que tampoco me esforzaba demasiado.

Tras suspender ese año en el instituto, le prometí a mi padre que volvería a estudiar, y confiando

en mi, mi padre me dio una segunda oportunidad, pero me advirtió que si no cumplía mi promesa, empezaría a trabajar.

Él había estado muy cerca de terminar una carrera universitaria en Colombia, ingeniería, pero mi madre quedó embarazada de mí y se vio obligado a dejar los estudios para empezar a trabajar. Por este motivo, mi padre deseaba que yo tuviera mis estudios para asegurarme un buen futuro, pero con el paso de los meses, tuve que hablar con él y decirle que sintiéndolo mucho, había decidido dejar de estudiar. No me gustaba y prefería ayudar a mi padre con todos los pagos empezando a trabajar. Se disgustó mucho, pero como siempre me apoyó en mi decisión.

Empecé a trabajar con casi 17 años en la empresa en la que trabajaba mi padre, aunque ya había estado aprendiendo durante todo el verano.

En esta época mi única misión era ahorrar un poco de dinero para poder viajar a mi país y visitar a mi familia. Los extrañaba demasiado a todos. Mi padre pagaba todos los gastos de comida luz y agua, y más de la mitad del alquiler de la casa. Yo ayudaba a mi padre con el resto del alquiler, la factura del teléfono móvil y algunos gastos más que iban surgiendo. Estuve casi todo un año tratando de ahorrar, pero los pagos que se hacían todos los meses eran muy altos y apenas me sobraban unos 40 euros al mes, cuando podía ahorrar algo. Al cabo de todo un año, había ahorrado unos míseros 230 euros, con lo que no tendría ni para pagar un cuarto del viaje. En ese momento me vine abajo y comprendí que todavía me quedaban unos años para poder ver a mi madre, a mi hermana y a mis abuelos.

Después seguí trabajando y haciendo la misma vida hasta ahora.

A día de hoy, sigo trabajando en la misma empresa, en un puesto superior, por lo que gano un poquito más al mes. Esto me ha facilitado el ahorro de dinero para el viaje a Colombia, pero desgraciadamente no he tenido el dinero tan pronto como me hubiera gustado.

Hace poco más de un año, empecé a pensar que mi viaje corría prisa, que no me quedaba mucho más tiempo. Mi abuela por parte materna, con la que me había criado, y a quien amaba con locura, había caído enferma. Era muy mayor y necesitaba de muchos cuidados para llevar una vida digna, por lo que me apresuré en reunir el dinero del viaje, y así poder estar a su lado por última vez.

El día 28 de marzo había recibido mi sueldo de ese mes, y ya tenía el dinero suficiente para viajar y un poco más para los gastos necesarios. Ese mismo día llamé a mi madre y le comuniqué la noticia. Se emocionó tanto que rompió a llorar y mi hermana, ya de 11 años, tuvo que quitarle el teléfono para que se tranquilizara. Les pedí por favor que fueran advirtiendo a mi abuela de mi viaje, ya que según el médico no podía recibir noticias que la alterasen demasiado.

Al día siguiente recibí la llamada que me comunicó el fallecimiento de mi abuela. Ni siquiera pudieron comunicarle la noticia de mi viaje.

A causa de esta tragedia, gasté gran parte del dinero ahorrado, ya que decidí que mi abuela tuviera un entierro digno. Pensé en ir al funeral con el dinero ahorrado pero no tenía suficiente para el entierro y el viaje, por lo que tomé la decisión de pagar el funeral y seguir ahorrando un tiempo más. Total, mi abuela ya no me vería, y yo prefería quedarme con el recuerdo que tenía de ella, a recordarla metida en una caja.

Hoy, día 29 de abril de 2008, me han pagado en la empresa en la que trabajo. Con este dinero que hoy he recibido, puedo terminar de pagar el viaje a mi país y me quedará algo de dinero para

poder darle a mi hermana muchos de los caprichos que tenga cuando yo esté allá.

Hace tiempo que contaba con el sueldo de hoy, así que hace casi 5 semanas que compré el billete del viaje. Mañana a las 9 he de pagar los últimos 70 euros del billete, y si todo sale bien, a las 2 de la tarde emprenderé el viaje en avión hacia Bogotá, Colombia.

Eso sí, esta vez, nadie está al corriente de mi viaje. ¿Se sorprenderán al verme?

Yo estoy deseando sorprenderlos...

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

## RECUERDOS DE UN OLVIDO

A veces creemos que ya nada puede sorprendernos, que todo es previsible, presentido y deliberado en este laberinto de vanidades en el que vivimos.

A veces pensamos que el azar no tiene cabida en nuestro organizado mundo donde la gente, enferma de aburrimiento, vaga sin encontrar nuevos paraísos por descubrir.

Y sin embargo, nos equivocamos y un día, sin apenas proponérnoslo, nos cruzamos con algo o con alguien que nos sorprende y que nos hace tambalear los pilares de nuestra monótona existencia para demostrarnos que aún hay esperanza y que lo fortuito, lo casual puede estar muy cerca de nosotros.

Ese momento mágico que cambió mi vida abriendo mis ojos a otra realidad, salió a mi encuentro una calurosa tarde de verano en la que me disponía a leer un nuevo libro con el que pasar esas interminables horas de sopor crepuscular y de tedio estival. Se titulaba *El penúltimo sueño* y aunque su autora, Ángela Becerra, era para mí una perfecta desconocida, me dispuse a leerlo con cierto escepticismo, cansada de tantas historias vacías, vanas e inútiles.

Después de adentrarme en sus primeras páginas, me sentí aturdida e impresionada, como el ciego que por primera vez logra ver la luz. Hacía ya mucho tiempo que una avalancha tan imponente de palabras no había logrado estremecerme. Durante los siguientes días, esperaba con inquieta ansiedad, que llegara el momento de poder adentrarme en aquella hermosa historia de un amor imposible, lleno de dificultades, que se convertiría en un permanente sueño inacabado para sus protagonistas.

Cuando por fin concluí su lectura, me sentí profundamente commovida. Al evocar ese cúmulo de emociones, equívocos y pasiones sin resolver, narradas con tal intensidad vivencial por su autora, era inevitable que sintiera la necesidad de enfrentarme a mí misma y preguntarme si yo, alguna vez, había experimentado ese poderoso sentimiento llamado amor. Temerosa, dubitativa, anhelé que así fuera. Deseaba creer que el cariño, la admiración y el respeto también son razones suficientes para sustentar una vida en común. Pero, lamentablemente, no siempre podemos dar la espalda a la verdad y cuando ésta cae sobre nosotros, como el águila sobre su presa, nos deja inmóviles e incapaces de negar lo que ya nos ha sido revelado.

Esa certidumbre súbitamente descubierta, no trajo consigo una sensación de liberación sino de culpa y de tormento por mantener un matrimonio que me aportaba seguridad, serenidad, comprensión, afecto, pero con el que nunca alcanzaría la verdadera felicidad. Hasta entonces, mi egoísmo me había hecho creer que el amor que él me tenía, era tan grande que podía ocultar la ausencia del mío. Sin embargo, ¿sería posible a partir de ahora seguir engañándome?

Cuando pensé en el sufrimiento que podía causar a mi alrededor, me envolvió una profunda cobardía, me llevé las manos a la cara con desesperación y rogué para que mi razón me hiciera olvidar lo que mi corazón no lograba encontrar. Inmediatamente cogí aquel libro y lo coloqué en una de las estanterías de mi biblioteca con la esperanza de que pronto pudiera olvidarlo.

Durante las siguientes semanas, intenté no pensar en ello. Pero, ¿cómo podía ya apagar la llama

que yo misma había encendido? Cada vez que pasaba por el despacho para llegar hasta mi dormitorio, una mirada furtiva se me escapaba, buscando entre los viejos volúmenes, aquél que tanto me había inquietado, sin conseguir borrar de mi mente lo que se empeñaba en mantener mi memoria.

El verano llegó a su fin y nuevamente me sumergí en mis cotidianos quehaceres, aunque el recuerdo de aquellas páginas seguía atormentándome hasta convertirse en un pensamiento obsesivo.

Fue entonces, cuando decidí que debía desprenderme de aquella novela, imaginando que sólo de ese modo podría alejar de mí ese peligro que amenazaba mi ansiado sosiego. Había oído que en algunas ciudades se había puesto de moda dejar libros en distintos lugares para que personas anónimas los recogieran y los leyieran. Esta iniciativa, llamada *bookcrossing*, me pareció muy interesante porque, además de fomentar la lectura de un modo altruista, permitía poner en contacto a personas anónimas, con vidas muy dispares, que de otro modo nunca hubieran estado destinadas a encontrarse.

Creí que ésa sería la mejor forma de desprenderme de aquel libro, ya que me permitiría cumplir mi deseo, uniéndolo al noble sentimiento de compartir. La siguiente duda que se suscitó en mi cabeza fue, dónde podría abandonarlo para que alguien lo encontrara y pudiera leerlo sin correr el riesgo de que fuera simplemente ignorado.

Había observado en mis largos paseos por el parque cercano a mi casa, que muchas personas se sentaban en sus bancos para descansar y que algunas de ellas solían leer libros bajo el fresco sombraje de sus árboles. Sin pensarlo más, decidí que ése sería un buen sitio donde dejar “abandonado” mi libro.

Aquella tarde salí con él debajo del brazo, recorrió las sinuosas calles que me llevaban hasta aquel tranquilo lugar y, sin apenas dudarlo, dejé encima de un pequeño asiento de madera “mi penúltimo sueño”. Me dispuse a marcharme sin mirar hacia atrás, pero de repente una profunda curiosidad me invadió: ¿quién se fijaría en él? ¿cómo sería su nuevo dueño?

Me dejé llevar por esa inquietud y decidí sentarme en un banco cercano para ver desde allí quién sería el poseedor del libro. No tuve que esperar mucho tiempo para encontrar respuesta a mis preguntas. Un hombre enjuto y con aspecto descuidado se dispuso a ocupar el asiento en el que yo había depositado la novela. La apartó hacia un lado y se limitó a sentarse sin ni siquiera preocuparse por mirarla un instante, como el viajero que se quita la piedra de su zapato y sigue su camino. Al instante llegó una joven de mirada ausente y piel mortecina que lo abrazó y ambos se marcharon sin preocuparse por lo que habían dejado atrás.

En aquel momento, me sentí decepcionada, abatida. Había sido ingenua al pensar que un libro pudiera interesar a alguien. Tal vez la literatura se había convertido en algo fútil e insignificante dentro de un mundo neurótico y complicado como el nuestro. Seguía inmersa en estos pensamientos cuando una señora mayor, de rostro reservado se acercó con paso tambaleante hacia mí y me preguntó si aquel libro era mío. Yo muy sorprendida negué con la cabeza. Siguió interrogando a cuantos había en los bancos cercanos pero todos rehusaban ser los dueños con el mismo gesto. Tras un largo período de indecisión, la anciana guardó la novela en su bolso y se alejó tranquilamente hasta desaparecer entre la gente, como el humo entre la niebla.

Tras su partida, resultaría imposible expresar con palabras los sentimientos que agitaron mi pecho: ¿dolor, alivio, desasosiego o quizás nostalgia por lo perdido? Sólo sé que en aquel instante

comprendí que, a pesar de todo, ya nada sería como antes.

Los siguientes días me embargó un mal humor insoportable, mi marido no comprendía nada, no sabía qué podía haber desencadenado en mí ese estado de ánimo y continuamente me pedía, desconcertado, respuestas que yo no me atrevía a darle. ¿Cómo hubiera podido hacerlo sin herirle?

Aquella tarde la temperatura era muy agradable y no quise renunciar a dar un paseo por el parque, estaba convencida de que allí recobraría la paz que tanto deseaba. Comencé a caminar sola por los mismos lugares por donde solía. Estaba absorta en mis pensamientos cuando, sin apenas creerlo, mis ojos volvieron a cruzarse con aquella anciana desconocida que se había llevado mi preciado libro. Se levantó de un pequeño banco de piedra en el que había estado sentada y se alejó entre un remolino de niños que gritaban. Su visión me impresionó, quería haber hablado con ella pero me quedé sin palabras y dejé que se fuera sin hacer nada para detenerla. Sin saber por qué, mis ojos volvieron a fijarse en el sitio en el que había estado y pude comprobar con gran asombro que allí había dejado olvidado un pequeño cuaderno. Me dirigí hacia allí y con manos temblorosas lo cogí. El azar, imprevisible y generoso, había puesto una vez más en mi camino una historia que podía tomar o dejar. Volvió a aflorar la duda, de nuevo temía que sentimientos inoportunos ocuparan mi mente, pero mis manos, más rápidas que mi cabeza, ya estaban cogiendo aquel pequeño ejemplar para leer sus primeras páginas.

Se trataba de un diario manuscrito en el que de forma desordenada se agolpaban anotaciones intrascendentes, recetas de cocina, listas de la compra y, sorprendentemente, una amalgama confusa de recuerdos íntimos. Fueron éstos últimos los que llamaron poderosamente mi atención porque, pese a estar redactados de un modo sucinto, denotaban una tremenda humanidad. Contaban los terribles sufrimientos de la guerra cuando aún era una niña, las ilusiones de la juventud, su primer amor, su frustración por no poder ser madre y tantos y tantos recuerdos que concedían a su vida significado y densidad. No cabía duda de que su existencia había sido agitada e intensa aunque ahora, en su senectud, emanaba una tranquilidad, para mí, envidiable.

De repente, experimenté la culpabilidad del que ha cometido un acto ilícito. Me había atrevido a adentrarme en las emociones más íntimas de una persona sin que nadie me autorizara a ello y, como el cazador furtivo que entra en un terreno vedado, quise huir dejando el pequeño diario donde lo había encontrado. Conforme me iba alejando, las palabras que en él había leído, resonaban en mi cabeza como blasfemias. Por un momento me hicieron pensar en otro libro que, poco tiempo antes, había dejado delante de aquella anciana y que ella no había podido abandonar. Entonces volví sobre mis propios pasos, me incliné sobre aquel diario y lo guardé.

Todos los días volvía al parque con el libro en mi bolsillo esperando poder encontrar a aquella misteriosa mujer para devolverle algo que no me pertenecía, sus recuerdos. Me quedaba parada mirando el reloj, las horas trascurrían sin que hallara entre la gente el rostro que tanto buscaba y al oscurecer, cuando emprendía el camino de vuelta a casa, me preguntaba:

¿Acasoquieres encontrarla?

Pero volvía una y otra vez esperando su regreso. Allí me encontraba también aquella tarde en que de nuevo la vi. Su mirada parecía confusa y su paso zigzagueante. No parecía aquella mujer decidida que pocas semanas antes había llamado poderosamente mi atención. En esta ocasión, no quise que mi timidez pudiera frenar la firme decisión que tenía de hablar con ella y al pasar delante de mí, con un delicado gesto la detuve y, mostrándole aquel viejo diario, le pregunté si era suyo. Sin

que hiciera falta cruzar una palabra, supe que sí porque su rostro al contemplarlo se iluminó con un resplandor que hasta entonces no tenía, como la flor que recupera sus vivos colores con la llegada del amanecer.

Inmediatamente lo cogió entre sus manos con suma delicadeza y sorprendida me preguntó dónde lo había encontrado. Después de explicarle las circunstancias que me habían llevado hasta él y a pesar de que me pareció una persona encantadora, no sabía si debía decirle que lo había leído.

Estuve indecisa durante un momento, sin embargo, en un recoveco de mi mente había una voz que me decía: “ Debes decirle que conoces sus recuerdos ”

Pronto las dudas se disiparon y sin pensarlo más le confesé mi secreto. Al instante reaccionó de un modo inesperado, no me hizo ningún reproche, sólo sonrió levemente y con gesto apenado me dijo: “Entonces pensarás que soy una pobre loca que almacena recetas de cocina o listas de la compra, con memorias de otros tiempos”

No sé por qué, pero ante su dolor, experimenté una sutil sensación de afecto. De inmediato le respondí que de ningún modo creía que ella estuviera loca y que la lectura de aquellos momentos pasados, me había resultado muy agradable.

Al escuchar aquellas palabras sinceramente sentidas, su rostro recuperó la calma y su corazón el consuelo. Me aseguró que siempre había admirado a las personas curiosas e inquietas porque ella también lo había sido pero que aquellas notas inconexas y desordenadas tenían un motivo. Ella también guardaba un secreto. En realidad, el motivo de aquellas anotaciones era algo muy práctico; hacía varios meses que le habían diagnosticado demencia senil y comenzaba a olvidar pequeñas cosas que debía escribir. De la misma manera, recuerdos de su vida dormían largo tiempo en el entramado laberinto de su memoria; se mantenían ocultos durante días y cuando por fin lograba recuperarlos, los escribía temerosa de que ya nunca volviera a encontrarlos. La lectura diaria le ayudaba a estimular el cerebro y le resultaba muy beneficiosa para retrasar la pérdida de sus recuerdos.

Esta vez fui yo la que me quedé sorprendida. Parecía que nos conocíamos desde hacía tanto tiempo y sin embargo, unas horas antes, éramos dos perfectas desconocidas. Comprendí entonces que tenía ante mí a una mujer que sufría terriblemente y que no conseguía resignarse a su destino. Se encontraba sola, no tenía familia y cuando perdiera definitivamente la memoria, con ella se iría también su vida entera.

Sentí en aquel momento que debía hacer algo para paliar su dolor y le ofrecí la posibilidad de seguir viéndonos. Ella aceptó con una mirada de agradecimiento que me conmovió. Yo vivía con alguien al que no amaba, posiblemente porque tampoco quería sentirme sola. Y con todo, también mi corazón seguía necesitando algo más que afecto.

Durante varios meses nos vimos diariamente, dábamos interminables paseos por la ciudad en los que buscaba cualquier pretexto para contarme un trocito de su vida. Sabía perfectamente que su enfermedad iría avanzando y su mente estaba sedienta por compartir unos recuerdos que, oídos por mí, nunca caerían en el olvido. También yo le contaba mi vida llena de insatisfacciones y mi incapacidad para cambiarla. Me asombraba la increíble serenidad con la que me escuchaba porque era entonces, y sólo entonces, cuando sentía comprensión y consuelo.

Una tarde pasó ante mí sin reconocerme y, aunque pronto volvió a recuperar la memoria, su mirada distraída me hizo comprender que nos quedaba poco tiempo. Como ya había intuido, en

aquella ocasión me contó que sería la última vez que nos viéramos. Sus períodos de ausencia eran cada vez más frecuentes y la asistenta social le había recomendado que ingresara en una residencia geriátrica donde estaría mejor atendida. Sentía que su cerebro era un rompecabezas en el que las piezas comenzaban a solaparse y deseaba encontrar un refugio tranquilo donde vivir sus últimos días de extravío y confusión, alejada de las miradas curiosas de la gente.

No pude evitar que notara la profunda turbación que sus palabras me produjeron, sin embargo, fue ella quien me reconfortó y me pidió que aquel día, el de nuestra despedida, no fuera triste. Me aseguró que la amistad verdadera es un privilegio que muy pocas personas consiguen a lo largo de una vida. Nuestro encuentro había sido fruto del azar, de la predestinación, de nuestro común amor por la lectura y eso sería siempre un lazo infinito que nos uniría allá donde estuviéramos, aunque nuestras vidas nunca volvieran a encontrarse. Quizá tenía razón, no debíamos dejarnos llevar por inútiles lamentaciones que nos hundirían cada vez más en el dolor y que no podrían cambiar el curso de nuestra existencia.

Decidimos buscar un rincón agradable y acogedor en el que poder intercambiar nuestras últimas confidencias. El implacable tiempo pasó. Una luz suave, crepuscular comenzó a cubrir de sombras el parque y supimos que había llegado el momento de la partida. No quiso que emprendiéramos juntas el camino de vuelta a casa; le rogué que me permitiera ir alguna vez a visitarla porque sin ella también yo me sentiría perdida, vacía e insatisfecha. Pero ella, con un gesto apacible me lo impidió. Se levantó, apretándome fuertemente las manos, y antes de perderse entre la gente, me susurró al oído: “*Es el amor lo que te falta*”.

Después de aquella despedida me resultó mucho más difícil volver a mi antigua vida, mi relación conyugal se hacía cada vez más insostenible y las dudas me asaltaban: ¿Debía seguir arrastrando la tiranía de una mentira por no herir a otra persona? Quizá llevaba ya mucho tiempo haciéndolo. En ese instante volvieron a mi mente aquellas palabras: “*Es el amor lo que te falta*” y sin poder explicar cómo ni porqué, experimenté una fuerza que hasta entonces no tenía. Por fin había tomado una decisión sencilla y a la vez muy meditada: debía romper con mi pasado y luchar por encontrar la felicidad.

No niego que en ese momento me invadió un temor casi paralizante pero pensaba que, si no lo hacía, algún día podría arrepentirme de no haberlo intentado. De forma apresurada llené una maleta con algo de ropa y me dispuse a escribirle a mi marido una última carta, la de nuestra despedida. En ella le pedía que no me guardara rencor, que entendiera que el mundo que ambos habíamos construido se había convertido para mí en una prisión que cada día me ahogaba más. Le confesé que su amor por mí nunca había sido correspondido como él se merecía y que todos esos años seguí estando a su lado porque me invadía la culpa y la cobardía. Ahora sabía que ya no podía cambiar, por eso me iba; esperando que ambos, esta vez por separado, lográramos encontrar a alguien que llenara el vacío de nuestras almas.

Cuando cerré la carta, por un momento lo imaginé leyéndola nervioso, deambulando por la habitación sin un rumbo fijo, con un nudo en la garganta que le impedía llorar; pero no podía continuar engañándole ni engañándome.

Aquella tarde de verano las ventanas de mi casa estaban abiertas y desde allí lancé una mirada al mundo, por primera vez en mi vida me sentí realmente libre Esa escapada que iniciaba era en realidad un rescate.

Contemplé el horizonte que ante mí se abría en infinitos caminos, aunque esta vez sí sabía cuál debía escoger. Seguiría el que me guiara hasta la felicidad, el que me llevara a la búsqueda de *El penúltimo sueño*.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

## *ENAMORADO ESTÁ EL MAR*

*Enamorado está el mar,  
de una ola juguetona,  
ella, coqueta y traviesa,  
le pide al mar, que la lleve muy adentro,  
donde nunca pudo estar.  
¡Pobre ola! , ella no sabe,  
que ya nunca más podrá,  
abrazar a su amiga roca,  
ni a la orilla volverá.  
El mar que tanto la quiere,  
No la dejará marchar,  
Y la ola se irá muriendo,  
De pena y de soledad.*

\*\*\*

Desde mi ventana,  
todo los días la veo pasar,  
es de pelo moreno y triste mirar.  
Dicen que camina a la orilla del mar,  
a esperar a su amado,  
que nunca volverá.  
A mí se me rompe el alma,  
cuando, desde mi ventana,  
cada día la veo pasar.

\*\*\*

Unos dicen que fue locura,

otros que un desamor,  
aunque en el fondo,  
nadie sabe lo que le pasó.  
Estaba siempre como ausente,  
con la mirada perdida,  
era un pobre hombre,  
al que le falló la vida.  
Un día se marchó lejos,  
y nunca más volvió,  
quizás ande perdido,  
o tal vez murió.

\*\*\*

Dices que me olvidaste,  
que encontraste un nuevo amor,  
pero yo te sigo fiel,  
te llevo en mi corazón.  
Yo sé que me has mentido,  
y aún me sigues queriendo,  
pues me lo ha dicho la noche,  
y también me lo dijo el viento;  
que me susurra al oído,  
lo mucho que estás sufriendo.

\*\*\*

Le quiso tanto,  
y no se lo pudo decir,  
pues cuando ella despertó de su gran sueño,  
él ya no estaba allí.

Tantas veces le ha llorado,  
y cuantas veces le ha extrañado.  
En sueños la viene a buscar,  
y, por eso nunca le pudo olvidar.

\*\*\*

Solamente a la vida le pido,  
que me deje recordar,  
esos momento tan felices,  
que en ella he vivido.  
Aquel tiempo pasado,  
que nunca ha de volver,  
a quienes quise,  
y me supieron querer.  
Recuerdos del ayer,  
que ya no viviré.

\*\*\*

Mi querido ``San Miguel'',  
fuiste mi cuna y me has visto crecer.  
Hermoso Patrón de este pueblo,  
donde quiero envejecer.  
Si algún día me voy, no sufras  
que no te olvidaré,  
donde quiera que vaya  
conmigo te llevaré.

\*\*\*

La luz de las estrellas,

guían su camino,

la luna le canta bajito,

y la noche le dice:

niño, vente con migo.

Entre sueños anda un poco perdido,

pues no sabe que al despertar,

las estrellas y la luna no estarán,

y la noche ya se habrá ido.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)